

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Valencia en las fiestas del Centenar*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Ntra. Sra. de Guadalupe*, por D.^a Angela Grassi.—*Historia de una mujer* (poesía), por D. A. Alcalde Valladares.—*La Cruz del Olivar* (continuacion), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*El Telégrafo*, por D. A. F. Grilo.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin de Peinados*—*Grabado de Modas*, núm. 9.

VALENCIA EN LAS FIESTAS DEL CENTENAR.



AMÁS en las pequeñas excursiones que me permiten mis constantes tareas literarias he tratado, mi querida Aurora, de distraerte de las tuyas con descripciones unas veces conocidas y otras de interés tan solo para quien las relata; pero hoy, amiga mia, estoy presenciando uno de esos acontecimientos á que dan vida las creencias religiosas de todo un pueblo, que contribuyen á realzar todos los auxilios del arte, de la fortuna y de una espléndida naturaleza; una de esas fiestas que no presenciaron nuestros padres, ni acaso presenciaron nuestros hijos, y hé aquí por qué las fiestas del Centenar de Nuestra Señora de los Desamparados, en vez de la sonrisa á los labios, hacen asomar lágrimas á los ojos.

Los periódicos te habrán ya dicho que la animacion en la ciudad de las flores era grande, y el júbilo inmenso; yo además te digo que la emocion ha sido general, y que al ver salir del templo á la Sagrada Imágen que salió hace cien años y no volverá á salir hasta dentro de otros ciento, los ojos del mancebo, como los del anciano y los del niño, del natural del pais como del forastero, se llenaron de lágrimas!

No ignorarás la veneracion que á la Virgen de los Desamparados profesan los valencianos, fundados en los repetidos beneficios que á Señora tan milagrosa deben, y natural era que en la celebracion de su segundo Centenar apurasen las demostraciones del entusiasmo! En efecto, tanto las Corporaciones como los particulares, han procurado competir en celo é interés, estimulados por la Municipalidad, que ha ofrecido un premio á los que se distinguen en el adorno de sus casas é iluminaciones... A tu consideracion dejo si el entusiasta carácter valenciano habrá hecho prodigios con esta oferta! Hánse visto iluminaciones de muy buen

efecto, á lo que contribuyen no poco los bellos edificios de esta ciudad; colgaduras de gran riqueza; y puedes figurarte si la ciudad de las flores habrá levantado con ellas numerosos arcos de triunfo! En cada calle se ha improvisado uno, un obelisco en cada plaza, y alguno, como los de la estacion del ferro-carril, veíanse vestidos de naranjos, ostentando entre el ramaje su dorado fruto. Fuegos artificiales, revista militar, músicas, toros, teatros, regatas, conciertos al aire libre... Tantos han sido los regocijos ofrecidos á la imaginacion! Funciones religiosas á la Virgen durante nueve dias, numerosos dotes repartidos á huérfanas, limosnas considerables, trajes de regalo á gran numero de niños pobres, instalacion de casas de beneficencia, reparto de premios á los niños por sus estudios... Tales son las que la Municipalidad, el Cabildo eclesiástico, distintos gremios, y no pocos particulares, cuya fortuna les permite solemnizar de un modo tan grato las fiestas de Nuestra Señora, han ofrecido á la inteligencia y al corazon!

La solemne procesion de la Virgen, verificada el 12, llamó la atencion por su riqueza y produjo verdadero júbilo en el público, que victoreaba conmovido á la Madre de Dios, mientras la Imágen iba pasando entre una lluvia de versos, hojas de rosa y palomas, que le arrojaban de todos los balcones. Una de ellas, por su blancura, símbolo dos veces de pureza, corrió á refugiarse dentro de la misma corona de la Virgen, de cuyo sitio no se movió hasta que la quitaron ya dentro de la Catedral... No puedo explicarte el frenesí que produjo este sencillo incidente! El pueblo gritaba, lloraba, aplaudia, y todos veían en aquella blanca paloma un mensaje providencial! Parecia que bajaba del cielo á tomar parte en el regocijo de la tierra, símbolo de amor entre Dios y los hombres!

Debo hablarte tambien de la Exposicion agrícola é in-

dustrial, que desde hace dias llama la atencion de cuantos naturales y forasteros encierra la ciudad del Cid. En ella los productos del país se ostentan en toda su riqueza, y la industria ha dado muestras de notable valía: en tejidos hay cosas de gran mérito que admirar, y la comision que ha tenido á su cargo la disposicion del local y colocacion de objetos, ha dado muestras de no vulgar inteligencia. En fin, Valencia ha solemnizado dignamente el segundo siglo de la instalacion de Nuestra Señora de los Desamparados en su capilla, y las esperanzas de los infinitos forasteros que recorren las calles de esta ciudad no se han visto de ningun modo defraudadas.

Ahora, para concluir en nuestro terreno (mujeres al fin), te diré que por las calles en trajes de señora no se ha visto nada que digno de notar sea, pero en cambio en el teatro y en los toros, las lindas valencianas han lucido trajes de mucho gusto y riqueza. Véase á muchas en los toros engalanadas como para una *soirée*, completando su atavío la airosa mantilla blanca, que dejaba trasparentar las flores naturales prendidas entre sus cabellos; y en el teatro, al que acuden vestidas de sociedad, he visto trajes, camisetas y fichús que hubieran podido ostentarse dignamente en cualquiera de los palcos de nuestro teatro Real.

El baile dado el 17 en casa del marqués de Dos-Aguas, ha ofrecido tambien en Valencia ancho campo á la Moda, y el palacio, recien restaurado y adornado con un lujo oriental, las infinitas hermosuras que le poblaban, el gusto y la riqueza que habian desplegado todos los concurrentes, asemejaban aquella mansion á un palacio encantado! Puedo asegurarte que la memoria de esta fiesta no se borrará fácilmente de la de las valencianas! El Marqués y la Marquesa deben haber quedado satisfechos de la inauguracion de su palacio!

Las forasteras apenas han dejado el traje corto, como el mas á propósito para frecuentar sitios de gran confusion: en este género los he visto muy bellos, sobre todo algunos combinados con raso de dos colores, que unian á la comodidad la mas esquisita elegancia.

Para darte una idea de las últimas novedades en estos

trajes, te citaré uno (*figurin 852*) de tafetan *Bismark*, que es un color parecido al de Habana, cuya falda, que sin ser precisamente corta, no arrastra y deja ver el pié, está guarnecida en el bajo de tres bieses de seda de un tono mas subido que el del vestido: iguales bieses adornan la falda superior figurando cuadros sin cerrar por arriba: el talle es corto y redondo: el cuerpo liso. Un sobretodo recto y corto, de la misma tela y adornos que el vestido, completa el traje. El sombrero que le acompaña es de tul blanco, bordado de abalorios, rodeado de un encaje fruncido con un cordon de perlas en su centro, y bridas á la esclava con el mismo adorno.

Otro traje en este género, se compone de una falda corta á la bretona, de lanilla ó merino blanco, guarnecida de dos órdenes de cinta negra bordada de perlas blancas, y orillada de un pequeño rizado ó *cresta* de merino encarnado. La falda de encima, con el mismo adorno va abierta en los costados, formando delantal, y en sus ángulos lleva unos escudos con figuras bretonas y el mismo guarnecido. El corpiño, que va abierto por delante y escotado en redondo por detrás, se completa por un cuerpo interior de merino encarnado, alto y cerrado con botones. La manga es estrecha, abierta hasta el codo, con botones de plata. Como este traje es propiamente de campo, lleva un sombrero de paja de arroz, con la copa ovalada y rodeada por una lijera blonda blanca, y encima un cordon de amapolas; otro de las mismas flores, que sale de entre el peinado, forma las bridas.

Tambien te ofrece el *figurin* que te recomiendo un vestido para niña de siete á ocho años, de alpaca lila, adornado de bieses de tafetan morado. El cuerpo, que es cerrado por arriba, se abre en triángulo, figurando una figura, para dejar ver una camiseta de muselina blanca.

Esto es cuanto puedo decirte de lo que en la hermosa Valencia ha impresionado la mente de tu compañera, que en breve volverá á compartir contigo los cuidados de nuestro querido CORREO.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

INSTRUCCION.

NTRA. SRA. DE GUADALUPE.

Entre fragosas, pero bellísimas y pintorescas sierras, situadas en la provincia de Estremadura, descuellan el célebre santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe, tan célebre por su antigüedad y hermosa fábrica, como por los infinitos milagros que atraen á su sagrado recinto multitud de fieles.

Es imposible imaginar nada mas delicioso que los paisa-

jes que ofrecen aquellos empinados cerros, cubiertos los unos de bosques de castaños, los otros de huertas, de viñedos, de alegres pueblecillos ó campos esmaltados de flores. El clima, aunque benigno y templado, es desigual en los diversos valles, y así, mientras en unos abundan los robledales y los olivos, en los otros crecen naranjos y limoneros, ofreciendo el mas bello de los contrastes.

Los bosques están poblados de ciervos, corzos, linceos y javalíes; por los prados vagan los apacibles rebaños, y al paso que el labrador cultiva los campos, los infinitos moli-

nos harineros y varias fábricas de tejidos, demuestran que en aquel escondido lugar también tiene altares la benéfica industria.

Saturan el ambiente multitud de yerbas aromáticas, y de lo más alto del cerro que domina al monasterio, nacen cuatro ríos; el Guadalupe, el Rucas, el Ibor, y el Almon-te, que se despeñan, formando por todas partes arroyos, fuentes y cascadas. Los dos primeros fecundan el término y van á morir en el Guadiana; los dos segundos, en el Tajo.

El santuario que ha llenado de vida estas augustas soledades, fué fundado por el Rey D. Alfonso XII, para depositar en él una santa Imágen de Nuestra Señora, pintada por San Lúcas, y remitida á Sevilla por San Gerónimo el Magno y San Leandro. Trasladáronla secretamente á Estremadura cuando la invasión de los moros, y la sepultaron en una cueva, en donde permaneció escondida por espacio de seiscientos años.

En 1389 empezó la iglesia Juan Alfonso, célebre escultor de aquella época, y algunos años después el Rey don Juan I entregó el santuario á los monjes Gerónimos, que lo embellecieron y engrandecieron, como asimismo la villa de su nombre, cuyo centro ocupa.

Esta casa religiosa es de figura cuadrada, con sus torres y fuertes muros. Se sube al templo desde la plaza por una gradería de 23 escalones, y tiene tres naves muy proporcionadas, con cúpula bien entendida y graciosa.

Enfrente de la puerta del Refectorio hay una capilla de estilo gótico, sostenida por cuatro pilares, en cuyo centro campea una fuente compuesta de una hermosa base de mármol y de una taza magnífica de bronce. Mas tarde se colocó otra fuente en medio del claustro, cubierta con un cimborrio, modelo del grande que cubija la capilla mayor del templo, y en época posterior se construyó la portería, y se adornó la entrada con tres estatuas de piedra, que representan á Nuestra Señora, San Gerónimo y San Agustín. También se aumentó el edificio, agregándole un claustro pequeño, de mármoles blancos y negros, con su fuente en medio.

Bajo sus augustas bóvedas descansan los restos de D. Dionís, hijo del Rey D. Pedro de Portugal; su esposa, la Infanta D.^a Juana; la Reina D.^a María, primera esposa de D. Juan II, y su hijo, el Rey D. Enrique IV.

Enriquecen la capilla mayor cien lámparas de plata, y una Custodia del mismo metal, que tiene de peso 240 marcos.

El camarín de la Virgen ostenta ricas joyas y notables pinturas de Zurbarán, Lúcas y Jordan, la iglesia guarda muchas y preciosas alhajas de oro y pedrería, y sus paredes están cubiertas de grillos, cadenas de cautivos, muletas y mortajas, asegurándose que hay más de tres mil milagros testimoniales.

Los acontecimientos de la época han amenguado el esplendor del santuario, quedando yermos y solitarios sus claustros, pero no han podido menguar la piedad de los fieles, ni destruir las tiernas y bellísimas tradiciones que repiten con entusiasmo los habitantes de la sierra.

Hé aquí la que me refirió una hermosa pastorcilla mientras guardaba su rebaño.

Águeda era una anciana octogenaria, que vivía con su marido, decrepito también, en una choza escondida entre aquellas breñas. Á pesar de su pobreza, había recogido á dos nietecillos suyos, huérfanos de padre y madre, y repartía con ellos su pan negro y escaso.

Una tarde en que los copos de nieve cubrían los montes con un blanco sudario, en que el cierzo azotaba los desnudos árboles y arrancaba lastimeros quejidos á las campanas de la iglesia, Águeda, inquieta por su marido que había ido por leña al monte, encendió una lámpara delante de una estampa de la Virgen, y haciendo que sus nietecillos se arrodillasen junto á ella, exclamó con fervoroso acento:

—¡Rezad, hijitos, rezad! Vosotros que sois ángeles, pedid á la bendita Virgen que obre un milagro en nuestro favor, que remedie nuestra pobreza, que haga que el pobre viejo, ya caduco, no tenga que volver por leña al monte!

Los niños juntaron sus manecitas y oraron con fervor. Luego, como tenían hambre y frío, se acurrucaron junto al hogar y lloraron, y por fin se adormecieron.

Águeda, tan pronto se esforzaba en hacer hervir una caldera puesta á la lumbre, convertida ya en ceniza, tan pronto iba y venía exhalando suspiros y lamentos.

Las sombras bajaban rápidamente de los montes á los valles, y se iban condensando; el cierzo seguía mujiendo y agitando las campanas del Monasterio, que despedían ecos cada vez más lúgubres. ¡Era una noche horrible!

Las tinieblas invadían todos los ángulos de la pobre choza, no bastando á disiparlas el pálido fulgor que la lámpara derramaba en torno suyo.

Llamaron á la puerta. Debía ser una mano muy débil la que llamaba, porque solo produjo un ligero ruido.

Águeda corrió á abrir, pero no era su marido.

Eran tres niños que venían cogidos de la mano. Los pobre-cillos estaban cubiertos de nieve y tiritaban de frío.

—¿Quiénes sois? ¿qué queréis? exclamó Águeda asombrada.

Los niños se miraron y prorumpieron en sollozos.

—¿Quiénes sois? ¿qué queréis? repitió la anciana. Responde tú, añadió dirigiéndose al mayor de los tres, que era niño y parecía tener cinco años.

Este sacudió su rubia cabellera, y dijo con voz entrecortada.

—¡Se han llevado á nuestra madre, y la han cubierto de tierra!... ¡Dicen que se ha muerto!... ¡Se han llevado cuanto teníamos, y ni siquiera han dejado la paja que nos servía de lecho!... Yo he cogido de la mano á mis dos hermanitas, y les he dicho que iríamos á buscar á nuestra madre!... Hemos salido del lugar sin que nadie nos viera, y hemos subido, y hemos bajado, y hemos vuelto á subir y hemos vuelto á bajar; pero no hemos encontrado á nuestra madre!

—¿Y de qué pueblo sois? preguntó Águeda.

—¡Del pueblo! dijo el niño encogiéndose de hombros.

—¿Y hacia dónde está?

—¡No sé!

—¿Cómo se llamaba vuestra madre?

—¡Madre!

—¿Y qué más?

—¡Nada mas!

—¿No teniais ni padre, ni parientes, ni nadie que mirase por vosotros?

—¡No! ¡no! dijo el niño prorumpiendo en sollozos.

—¡Oh, bendita Virgen, exclamó Águeda juntando las manos sobre el pecho, os he pedido un milagro para aliviar mi pobreza ¡y me enviáis á estos niños! ¡Bendito sea vuestro nombre: yo acepto vuestro regalo!

Entrad, hijitos, entrad quedo, porque ahí duermen mis nietecitos y podrian despertarse.

Los tres niños entraron en silencio, se agazaparon tambien junto al hogar, comieron un pedazo de pan que les dió la anciana, y como estaban rendidos de fatiga se durmieron.

Poco despues llegó el marido de Águeda, tambaleándose debajo de un enorme haz de leña. Ella le ayudó á descargarlo, y cojiéndole de la mano le condujo adonde estaban los niños.

—¡Mira, le dijo, en vez de dos tenemos cinco hijos! ¡Son tres huérfanos que me ha enviado la bendita Virgen!

—¡Estás en tí! exclamó el anciano con acento doloroso, ¿y cómo los mantendremos?

—¡Dios es Dios! exclamó Águeda con profunda convicción.

El anciano guardó silencio durante algunos instantes, y luego suspiró en voz baja.

—¡Hágase la voluntad de Dios, hágase tu voluntad, mujer!

Pasó el invierno, llegó la hermosa primavera, y nadie se habia presentado á reclamar á los pobres huerfanitos.

Un día Águeda los despertó al rayar el alba.

—Id con mis nietos al monte, les dijo, y cojed tomillo, romero, salvia, y sobre todo retama. Mañana un virey de Méjico, anciano, triste y enfermo, costea una funcion á la Virgen, é iremos á vender las yerbas olorosas á la puerta de la iglesia.

Los niños se marcharon y no volvieron hasta el medio día, pero mientras los nietos de Águeda traian las yerbas que su abuela les habia encargado, los huérfanos mostraban orgullosamente, el uno una flor de incomparable hermosura, el otro un pájaro de espléndido plumaje, y el último una mariposa de vistosísimos colores.

—¿Qué traéis aquí? exclamó el anciano con visible enojo. ¿No veis que nuestros dos niños vienen cargados de retama? ¿qué quereis que hagamos de eso?

—¿Quién sabe? exclamó Águeda con su ilimitada fé, ¿quién sabe?

Al día siguiente se fué á sentar junto á la puerta de la

iglesia; pero mientras sus nietos estendian ufanos delante de sí la olorosa retama y el tomillo, los tres huérfanos, ruborosos, medio escondian el pájaro, la flor y la mariposa.

Muchas gentes venian de los pueblos inmediatos para asistir á la funcion; pero pasaban por delante de Águeda sin comprarla nada.

Por fin llegó el virey. Traíale en una litera dorada, y rodeábanle muchos servidores.

Descendió de la litera en la puerta de la iglesia, y sin duda por inspiracion divina, fijó sus ojos en los huérfanos.

—¡Jesus! dijo, ese pájaro es de América, americana es esa flor, y solo en América se encuentran mariposas tan grandes y de tan bellos matices!

—Señor, dijo Águeda levantándose, las tres cosas las han hallado entre las fragosidades de estas sierras.

—¡Jesus! ¡Jesus! volvió á repetir el virey, ¡cómo han podido hallarse en estos montes cubiertos de nieves! ¡Parece un milagro del cielo!

—Quizás, señor, repuso vivamente Águeda, y le contó la historia de los huérfanos.

El anciano perdió el color al oirla, luego se abalanzó hácia los niños, y buscó sobre sus pechos una señal conocida.

—¡Bendita Virgen de Guadalupe, exclamó entre lágrimas y sollozos, no en vano habia implorado tu socorro! ¡Si no he llegado á tiempo para reparar mi injusticia hácia la madre, vuelvo á encontrar al menos á mis hijos!

Al oir estas palabras, al ver el enternecimiento con que el anciano virey estrechaba sobre su corazon á los niños, cubriéndolos de lágrimas y besos todos los circunstantes se arrodillaron y entonaron una letanía, mientras las campanas del santuario, repicando á fiesta, publicaban por montes y por valles el nuevo milagro de la Virgen bienhechora.

El virey regaló á la bendita Imágen un pájaro, una flor y una mariposa de oro, adornados de piedras preciosas, además de otras muchas donaciones que hizo al Monasterio.

Todavía se enseñan hoy al viajero entre las joyas que enriquecen el camarín de la Virgen, y los habitantes de Guadalupe tambien le enseñan una pintoresca casa de labranza, rodeada de huertas, molinos y olivares.

En aquella casa, construida á espensas del virey, habitan los descendientes de Águeda.

Sobre su puerta hay una inscripcion latina, que traducida al castellano dice este modo:

El que dá lo supérfluo es un hombre bueno, el que dá lo necesario es un ángel que atrae las bendiciones de Dios sobre toda su familia!

ANGELA GRASSI.





LITERATURA.

HISTORIA DE UNA MUJER.

Ayer, hoy y mañana.

AYER.

Era niña : alegres horas
Pasaba el alma inocente
Iluminada la frente
Por fortunadas auroras.

En su corazon de niño
De Dios el aliento impreso
Suspiraba por un beso,
Lloraba por un cariño.

Su madre aquel llanto frío
Con sus lábios enjugaba,
Mientras risueña exclamaba :
¡Niña inocente ! ¡Angel mio !

HOY.

Era hermosa : ya la calma
De su corazon perdida
Lloraba la pobre , herida
Por tempestades el alma.

—¿Qué tienes? ¿Por qué tus ojos
Riegan con llanto las flores?
— ¡Ay, madre ! he sembrado amores
Y estoy recogiendo abrojos.

— ¡Ah ! teme los desengaños
Si infeliz no anhelas verte ,
Que está cerca de la muerte
Quien llora á los quince años.

MAÑANA.

Era mujer : no palpita
Su corazon, está yerto ,
Vuela su espíritu muerto ,
Alza su frente marchita.

Pálida y triste se esconde
Y á mares llanto derrama,
Y si su madre la llama,
La niña ya no responde.

—Ven , hermosa flor lozana...
—Flor sin hojas, madre soy.
— ¡Ah ! perdió su ayer , su hoy ,
Y no le queda un mañana.

A. ALCALDE VALLADARES.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

(CONTINUACION.)

—Una tarde, continuó María, llegó el Marqués con el Conde y otros señores , y me vieron bailando con mis compañeras, las que antes no se desdeñaban de tratarse conmigo y hoy me desprecian; me vieron, repito, y el Marqués, en mal hora, tuvo el capricho de enamorarse de mí, tanto que á los pocos dias volvió solo y me declaró su amor.

Le rechacé como le rechazó hoy mismo, sin que haya variado ni un átomo mi modo de pensar, á pesar de verle medio loco y empeñado en que admita su mano y su corazon. Siendo su esposa, Vd. y su familia se avergonzarian de mí, le he contestado; siendo su querida, me avergonzaria yo de mí misma, y no consentiré jamás ni en lo uno ni en lo otro. Estas han sido mis palabras; varias veces le he suplicado que me olvidase y se casara con la señorita Ada; infinitas le he rogado por el amor de Dios, que no me perdiera en el concepto de las buenas gentes de este pueblo, que tanto me amaban; pero todo ha sido inútil, de la noche á la mañana se llevó á mi padre, y no tuvimos mas remedio que seguirle; creyó que teniéndome cerca quebrantaria mi firmeza, y no ha conseguido nada; cuando por el fallecimiento de mi padre nos vimos solas y escuché aquella escena en que fuera de sí rompió con la señorita Ada, comprendí que yo iba á ser un obstáculo para la felicidad de ambas familias, y determiné venirme aquí sin decir á nadie una palabra, y dispuesta á casarme con Manolo, á ver si de este modo conseguia que me olvidase el Marqués; pero lejos de respetar mi resolucion, vino al siguiente dia por la tarde; las gentes del pueblo le vieron entrar en casa y empezaron á murmurar; los mozos del pueblo hicieron trizas mi reputacion, alejándose desde aquel momento Manolo de mi lado; sin embargo, le contesté con la firmeza de siempre, suplicándole que no volviese mas, y que me dejara ser feliz, toda vez que él no podia esperar con mi amor dicha ninguna. Mas estaba de Dios que mi pérdida habia de ser completa, y lo fué; engañó á mi madre, que es una pobre mujer, la dió oro, que ella ha ido enseñando por el pueblo para acabar de perderme, y á media noche le abrió la puerta, sin que yo entendiese una palabra. Hallábame aquí en esta ventana respirando el aire libre; varios mozos del pueblo que estaban en acecho le vieron entrar, y yo, inocente de mí, cerré las ventanas con ánimo de acostarme, porque era tarde, y al volverme le vi sentado sobre mi cama. En aquel momento sentí partirme el corazon de dolor, y mucho mas cuando los mozos empezaron á cantarme coplas alusivas á lo que acababan de ver. Nada mas recuerdo, caí sin conocimiento, y he permanecido ocho dias á las puertas del sepulcro; durante este tiempo ha venido el Marqués todas las noches, quizá sus desvelos y sus atencio-

nes me hayan salvado la vida, pero no por eso he querido darle en pago mi amor. Cuando antes de ayer recobraba ya mi razón volvió á ofrecirme su mano, le rogué que no pensara en semejante disparate, y mas loco que nunca me prometió venir á buscarme dentro de tres dias para llevarme á Madrid, donde dice que nos casaremos en secreto, y sin que de ello se aperciba nunca su madre. Esto es cuanto ha pasado, y como una prueba de la verdad de mis palabras y de la sinceridad de mis intenciones, suplico á usted se digne interceder con la señora Marquesa y que me otorgue su proteccion, para entrar en un convento, donde pueda pasar tranquilamente el resto de mis dias, y donde yo no le vuelva á ver mas; donde él ignore mi paradero, porque están agotadas mis fuerzas, y si continuo viéndole á mi lado no respondo de mi firmeza, porque soy flaca mujer, y por consecuencia débil.

—¿Pero Vd. le ama? dijo con asombro Enrique.

—¿Qué si le amo!... ¡ah! he ofrecido decir á Vd. la verdad, y no puedo ocultársela; le amo con todo mi corazón, y quizá me cueste la vida este amor que guardo en el fondo de mi pecho.

Por eso estoy resuelta á refugiarme en un convento, pues ya que he perdido mi reputacion, siendo tan inocente, no quiero perder mi alma.

Puedo asegurar á Vd. que no he alimentado su pasión ni con la mas pequeña esperanza.

—¿Lo creo, pobre niña!... ¡Es Vd. un ángel!... exclamó Enrique en el colmo de la admiracion.

María habia inclinado la cabeza sobre el pecho, y sus lágrimas caian en abundancia.

Enrique se levantó.

—¿Se marcha Vd.? ¿Y no me dá palabra de volver á llevarme consigo?

—¡Vendré, hija mia! Vendré, y si su heroica resolucion es inalterable la llevaré á un convento de Guadalajara, donde está de superiora una hermana de mi madre.

—¡Ah! Sí; ¡por piedad!... Esta noche á las doce aguarde Vd. en la puertecilla que da al campo y le seguiré; mañana seria tarde, porque vendrá él.

—No faltaré; pero y su madre de Vd.?

—Nada sabrá, se lo prometo. Tampoco le diré que ha estado Vd. aquí.

—Entonces hasta la noche; voy á preparar á mi tia, y crea Vd. que mi madre bendecirá con toda la efusion del mas vivo agradecimiento la noble virtud de Vd., que va á devolver la tranquilidad á dos familias.

Enrique salió pensativo y triste; María se quedó llorando.

Instantes despues entró Macrina diciendo:

—¿Cómo estás, hija mia? ¿Ha venido el Marqués? Me han dicho al salir de la iglesia que habia un caballero á la puerta de la casa, y á la verdad me ha sorprendido.

—La han engañado á Vd., no ha venido nadie, dijo María.

—¡Miren los picarones de los chiquillos! Si los llevo á cojer... Y Macrina, mientras decia esto doblaba su mantilla de franela, guardándola en un arcon de pino.

—¿Quieres tomar algo? Parece que estás muy fuertecilla!...

¡Válgame Dios, hija, y qué sustos nos has dado!... y ese bendito señor que se ha pasado las noches á la cabecera de tu cama con los ojos siempre fijos en tu cara, y derramando lagrimones como puños cuando te veia de mucho peligro!... Eso se llama querer de veras; hasta ofreció al médico hacerle rico si te salvaba la vida, ya ves tú!... Y siendo un señor tan principal, de tantas campanillas, consentir en casarse contigo!... Vamos, si yo estoy tonta; te aseguro que lo veo y no lo creo. Pero calla, ¿estás llorando? ¡Qué cosas tienes, mujer!... Si debias estar alegre como unas castañuelas; mira que poco caso ha hecho el bobalicon de Manolo; ni una vez siquiera ha preguntado por tí. Lástima es que te aflijan las habladurias del pueblo; al fin chismes de lugar, hijos de la envidia; ¿y á tí qué te pueden importar? Y á propósito, te voy á traer unas sopas en la taza de plata que ha traído para tí el señor Marqués; quisiera poder enseñársela á todo el mundo; pues no digo nada los cubiertos!... Si son preciosos!... ¿Cuándo hemos visto nosotros la casa tan llena de alhajas?... y de oro, que sin este recurso te hubieras muerto en la enfermedad, hija mia, porque ya no nos quedaban ni dos cuartos para mandar cantar á un ciego. Dios se lo pague.

La charla de Macrina era interminable, pero María no la contestaba una palabra, á pesar de que cada una de las suyas la traspasaba el corazón.

Sintiéndose muy abatida se acostó á poco y descansó bastantes horas, hallándose muy animosa cuando Enrique la fué á buscar. Antes tuvo buen cuidado de hacer que su madre se acostase, y ésta, que no esperaba por aquella noche al Marqués, no tuvo inconveniente en hacerlo, durmiéndose en seguida con tranquilo y profundo sueño.

XII.

La hija perdida.

Con permiso de nuestras amables lectoras, volveremos otra vez á Quintanilla; hace tiempo que nada sabemos de la risueña y encantadora Ada, y es en verdad muy justo que la hagamos una visita.

Era por la tarde; la Condesa y su hija, anhelando respirar el aire puro del campo, se habian bajado al jardín, y se paseaban esperando sin duda á alguna persona, porque tenian el coche á la puerta y estaban vestidas para paseo.

El Conde se hallaba de caza; era su ocupacion constante y favorita; para él no debian tener mucha importancia los disgustos domésticos cuando no se privaba de su diversion.

—Sabes, mamá, que me tiene inquieta la ausencia de Enrique, dijo Ada con su ingenua sencillez.

Ni ayer vino, ni anoche tampoco, y esto es muy extraño en él, que nos acompaña á todas horas y que sabe le apreciamos.

—Y yo creo, hija mia, que te preocupa mas su ausencia que la de su hermano, tu futuro esposo, dijo la Condesa sonriendo.

—¡Bah! No me hables del Marqués, le aborrezco.

—¿Y si le vieras llegar tan rendido y amante como otras veces y te pidiera perdon, ¿qué harías?

—Te aseguro, mamá, que me es dificultoso responder á esa pregunta ; hoy casi sentiría su arrepentimiento.

—¿ Por qué?

—He llegado á conocer que no le amaba mucho, cuando este rompimiento de relaciones me ha sido tan indiferente. Pero cuanto tarda Enrique ; creerás que estoy inquieta y que sufro, dijo la jóven rompiendo los guantes con verdadera impaciencia.

—Mandaremos á la quinta á preguntar por él, ¿quieres?

—Con el alma y la vida.

—Espérame, pues, voy á enviar un criado.

Ada quedó un momento sola, y alzando los ojos al cielo suspiró profundamente.

—Yo no sé qué tengo, murmuró, ni por qué sufro, ni por qué á veces siento impulsos de llorar !...

Desde que no veo á Enrique estoy triste, cuando llega parece que mi corazón recobra nueva vida, y esto es particular, porque nunca me ha sucedido con su hermano.

Y la hermosa niña golpeaba con impaciencia la arena del jardín con su diminuto pié calzado con un zapatito de raso negro.

La Condesa volvió.

—Pronto sabremos qué hay, dijo, sentándose al lado de su hija; voy notando que tienes mucho interés por Enrique.

—Mamá, si te he de decir la verdad, también á mí me extraña; ahora mismo estaba interrogando á mi corazón, y creo que le amo.

—¡ Ah! yo me alegraría que la proyectada alianza entre las dos familias se hiciese, si no con un hermano con otro; no hay mas que un mal.

—¿ Y cuál es?

—Que Enrique es segundo, y no puedes ser Marquesa ni poseer las inmensas rentas del marquesado.

—Y qué importa, soy Condesa y tengo riquezas de sobra; yo creo que por eso Enrique no se atreve á declararme su amor.

—¡ Olá! ¿ Con qué te ama?

—¡ Tal creo!... dijo Ada con una graciosa sonrisa; algunos días está triste, taciturno, y todo su afán es saber si me acuerdo de su hermano.

—¿ Y tú, qué le dices?

—La verdad ; que no pienso en él, y entonces, si le vieras, mamá, ¡ se pone tan contento!... y yo gozo tanto viéndole sonreír... ¡ Es tan guapo!... ¿ Verdad que no se parece á su hermano? El Marqués tiene á veces un genio tan altivo, tan áspero y tan poco complaciente, que cuando lo recuerdo no puedo menos de alegrarme de lo que ha sucedido, porque hubiera sido desgraciada con él.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

EL TELÉGRAFO.

No podrá decirse que escribimos al vapor, pero nadie podrá negarnos que este es un artículo aplicado á la electricidad.

El siglo XIX ha trazado una senda maravillosa en los grandes destinos del mundo. Hijos de este siglo, arrullados por la sonora música del vapor que empuja la nave sobre el mar y la locomotora sobre la tierra; aturdidos ante la explosión maravillosa del gran renacimiento; contemplando frente á frente la titánica batalla de la civilización, nada mas natural que apartarnos un momento de trilladas sendas, y procurar sorprender los admirables secretos que nuestro siglo nos ofrece.

Despertó el siglo; nació el gigante, y donde quiera que fijó su planta, grabó un reguero de luz. La sombría bóveda del túnel abrió una corriente en el corazón del monte para dejar paso á la voz del coloso, que se perdía rodando entre flotantes guirnalda de vapores. El torrente subterráneo del gas adornó con una cabellera de oro las grandes capitales, sustituyendo su rayo instantáneo al reflejo del sol; y flotando la palabra en el aire, rápida como el pensamiento que la creaba, voló de monte en monte, de mundo en mundo, sobre la nerviosa red de alambre tendida en la inmensidad.

El Telégrafo! Hé aquí un eco lanzado al infinito; hé aquí la vara mágica, que suspendida en el espacio va reparatiendo por el mundo cuanto el pensamiento deposita en ella.

Por cada palabra que lanceis al aire, el aire os devuelve un eco nada mas, que prolongándose se pierde á lo lejos. El aire es una especie de asesino de los rumores. Los lleva y los trae, los arrastra á un capricho, y concluye siempre por ahogarlos. ¿ Sabeis cuál es la causa de que nunca pierda el telégrafo sus palabras? Porque ni al aire se las confía.

Remontáos hasta la hoguera del sol, águilas de las rocas; emprended vuestras flotantes expediciones, aves marinas, sobre el volcán hirviente del furioso piélago; subid hasta las nubes, aéreos globos, preñados de fuego; cruzad en un momento los abrasados arenales, locomotoras brabias; vuela, simoun impetuoso. Vuestras alas apenas saben medir la prolongada línea de la distancia.—El telégrafo es el ala sin rival, el ala gigante, el coloso de la estension, el fugaz mensajero del mundo.

Aldeas ignoradas, lugares desiertos, valles de soledad, adonde acaso no ha llegado todavía el hervidero tumultuoso de la civilización. Quizá no comprendéis el secreto de esos hilos de alambre que serpentean al borde de vuestros hogares; quizá permanecéis indiferentes ante esa vía monstruosa por donde rueda á cada momento un tren de palabras que influye, tal vez, en los grandes acontecimientos de la humanidad.

Ni el muro de la montaña, ni el tableteo del trueno, ni el vaporoso fantasma de la nube, detendrán el secreto que lleva marcado su rumbo, que marcha impasible hasta llegar al punto de su destino.

Quizá en la sombreada cárcel de la sierra, al abrigo de las cañadas oscuras, esconde su planta el bandido á quien persigue la justicia, mientras que el telégrafo, trabajando ante sus ojos, hace preparar un cadalso en la ciudad cercana, anunciando el nombre del perseguido criminal.

Un solo minuto, y cambiará el destino de dos grandes naciones con la simple combinación de un signo lanzado al aire.

Un solo momento, y cubrireis de gloria los anales de un

pueblo, con la noticia de una gran batalla que acaba de darse al fin de la tierra.

Arrojad el eco, y el eco llegará adonde vosotros le arrojéis.

¿Os separan los mares? La palabra tiene también señalado su camino en la cárcel de las olas. El cable es vuestro. El abismo se ha salvado con el tubo sombrío del cable submarino. No te detengas, siglo.

Mira del arte las hermosas flores

Envolverse en el cielo de la idea

Con gasas de vapores;

Mira el viento que llora

Repitiendo en el mundo los cantares

De la hirviente y fugaz locomotora.

Escucha el son del piélago bravío,

Y verás la palabra detenida

Del negro cable en el cañon sombrío;

Mira el pino, fantasma de la sierra,

Bordando los abiertos horizontes,

Cortando las distancias de la tierra

Con las redes de alambre donde encierra

La palabra que vuela por los montes;

Contempla nuestra bárbara grandeza,

Abre los ojos en tu edad florida,

Y verás que has nacido cuando empieza

Sobre la tierra á palpar la vida.

.....

La senda está trazada. La voz flota en el viento, en el mar, sobre toda la redondez del Universo. El telégrafo es el gran brazo.

El telégrafo es el ala sin rival, el ala gigante, el coloso de la estension, el fugaz mensajero del mundo.

A. F. GRILLO.

MODAS.

Explicacion del Figurin de Peinados.

NUMS. 1 y 2. *Peinado para baile*, compuesto de bandós vueltos, grupo postizo rizado á la frente, trenzas y tirabuzones por detrás.

Ábrese para este peinado raya á seis centímetros de la frente, y otra en el centro, levantando el pelo de cada rizo en bandós vueltos y flojos, y colocando en el centro de ambos el grupo de sortijillas postizas; con el pelo de atrás se hacen dos partes despues de haberlo atado, y si no es bastante largo se añade postizo que lo sea, haciendo con cada una una trenza que sube por detrás de cada oreja, á rematar las puntas en el centro. Concluido esto, falta fijar muy alta la moña de tirabuzones, y una trenza postiza en diadema, cuyas puntas terminan flotantes por la izquierda en dos tirabuzones. Las flores y las perlas se entrelazan entre el peinado.

NUM. 3. *Peinado para teatro*, compuesto de dobles bandós y bucles prendidos.

Se ejecuta tan extraño peinado abriendo la raya á diez centímetros de la frente, y otra en el centro, repartiendo el pelo de cada rizo en tres partes y haciendo con la mas baja un bandó vuelto, y con las otras dos retorcidos ó bucles con molde, que se prenden perpendiculares, descansando sobre el otro: del pelo mismo de la frente se sacan dos sortijillas á cada lado, y con todo el cabello de atrás se hacen bucles con molde ó retorcidos que redondean toda la cabeza, completando el peinado una caída de bucles transversales y prendidos los unos á los otros, que terminan en uno corto suelto, con lazo semejante al que adorna el peinado sobre los bandós. Esta caída de bucles debe ser postiza.

NUMS. 4 y 5. *Peinado para sociedad* de bucles cortos á la frente y retorcidos con molde.

Se ejecuta este peinado abriendo raya mas ancha que para los anteriores, separando la parte de mas adelante, y haciendo dos bandós vueltos sobre la sien y tirabuzones

cortos sobre la frente; detrás de estos rizos se forma un retorcido algo abultado, y con las puntas algunos pequeños bucles prendidos que van á tocar por un extremo con los retorcidos, y por otro con la castaña formada por cuatro cocas en redondo. Dos tirabuzones largos al pié de ella y hojas de yedra salpicadas en el peinado, le completan.

Explicacion del Grabado de Modas, núm. 9.

Vestidos de baile.

NUM. 1. *Vestido* de gasé blanco muy nesgado y con gran cola, de talle redondo y escotado, con berta cuadrada de tul bullonado, guarnecida al pié de una cinta de moiré rosa con bellotas de cristal, escarapelas en el hombro, y cinturon con escarapela y cabos flotantes, de cinta rosa. *Peinado* de bandós vueltos, y moña de cocas con trenzas á los lados caídas, y margaritas sembradas en ellas y entre el peinado.

NUM. 2. *Falda* de raso gris plata: *cuerpo* egipcio, de raso gris mas oscuro, escotado, con tablas muy claras todo alrededor, y prolongándose en caída redonda por delante y por detrás. Este cuerpo va sujeto por cinturon de la misma tela, y adornado al pié por un fleco de seda y cristal, y por entredos de Cluny alrededor del escote y manga corta, que lleva además encima un gran lazo de cinta de raso. *Peinado* de bandós vueltos, y moña de cocas y tirabuzones. *Collar* de terciopelo con medallon egipcio.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.